

MIS ZAPATOS



Mi danza
Irene Blanco

Mi danza Irene Blanco

Para mis alumnas y alumnos, con quien comparto la danza y a los que echo muchísimo de menos. Espero que pronto podamos desempolvar nuestros zapatos y zapatear mas fuerte que nunca.

¡Nunca dejéis de bailar!

Érase una vez un grupo de amigos que se veía todos los días en el colegio. Como cada mañana, llegaban muy contentos para contarse lo que habían hecho la tarde anterior. Parecía un día más; pero no, ellos no sabían que hoy iba a ser un día lleno de aventuras.



Comenzó Víctor contando que ayer, en judo, consiguió el cinturón verde y estaba muy contento, ya que se encontraba más próximo al negro, que era su gran meta.

Lola y Alicia fueron juntas a merendar con sus madres y, después, pudieron jugar un ratito en el parque.

María estuvo con sus abuelos jugando a las cartas, cantando muchas canciones y bailando con ellos.



Laia Barín fue a probar una nueva actividad y acudió a una clase de danza por primera vez.

Se quedó bastante triste porque sus zapatos no tenían clavos y el resto de compañeras zapateaban sin parar y les sonaban los pies fenomenal. Cuando llegó su madre a recogerla, ella no quiso decirle el porqué, pero le comentó que no quería volver a la escuela de danza.

Lo bueno es que llegaron a casa y, antes de cenar, pudo jugar al parchís con su familia ,y, bailar con sus peluches favoritos.



Sus amigos no sabían a qué se estaba refiriendo:

- ¡Clavos! ¿Qué es eso? - preguntó Víctor.
- Los zapatos de flamenco, tanto en la punta como en el tacón, llevan unos clavos para que el zapato suene contra un suelo especial -contestó Laia.
- Entonces, eso es fácil. ¡Hay clavos en muchos sitios! Solo tienes que reunirlos y se los pegaremos al zapato – dijo Alicia.
- ¡Qué buena idea! Seguro que hoy encontramos alguno y podemos pegarlo a tus zapatos y probamos a ver cómo suena – explicó Lola.
- No es tan fácil, no tenemos el pegamento especial, ni llevo zapatos de tacón – comentó Laia.
- Entonces, habrá que buscar clavos y unos zapatos. No puede ser tan difícil, ya que en un

cole tan grande tiene que haber de todo- exclamó María.

- ¿Qué os parece si nuestra misión de hoy es la búsqueda de todo ello? – propuso Lola.
- ¡Qué buena idea! Así, Laia, podrás volver y disfrutar del baile que tanto te gusta- dijo Víctor.

Sonó el timbre y había que acudir a las clases. Ellos, entusiasmados, decidieron comenzar la búsqueda en el primer recreo, que era su primer rato libre, y reunirse para contar los clavos que se habían encontrado.

Una vez comenzado el recreo, salieron con su fruta y sus bocadillos y empezaron esta pequeña aventura.



Estuvieron buscando y buscando en los patios, en los baños, en los grifos, en el césped, en el huerto, en los columpios, en las papeleras y hasta en las canastas y porterías. ¡No encontraron ninguno! Se pusieron muy tristes, ya que pensaron que tanto esfuerzo no valió para nada y, además no les había dado tiempo a jugar.

Laia expresó: ¡Chicos, no pasa nada! Me encanta bailar, pero también me apasiona dibujar, cantar y escribir. Puedo aprender muchas cosas y, cuando sea más mayor, me apuntaré a danza.

Sonó el timbre y tenían que volver a clase.

Parecía que la aventura había terminado;

pero no, no había hecho nada más que empezar.



Ahora tocaba aprender los diferentes países y sus diferentes costumbres. Cada compañero había preparado una exposición y Laia decidió hacerlo sobre Francia, donde le

gustaría viajar. Estaba contando que Francia tenía

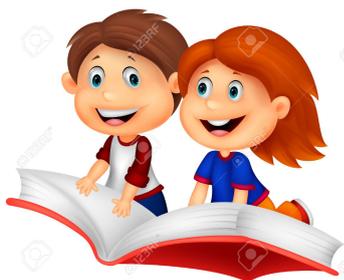


la Torre Eiffel, que allí evolucionó el ballet... cuando, de repente, se cayó una estantería llena de

libros y todos pegaron un gran grito de susto. Menos mal que no había nadie



debajo y todo quedó en un pequeño sobresalto.



La profesora se puso a recoger los libros y los compañeros fueron en su ayuda. Víctor se dio cuenta que, al caer la estantería, cayeron clavos con ella, y fue rápido y astuto y los cogió todos. Laia le observó y le guiñó el ojo.

Al terminar la clase, les dieron permiso para ir al servicio y allí se reunieron y se contaron lo ocurrido entre risas y alegría.

Llegaron las siguientes clases y volvió a sonar el timbre; esta vez, era la hora de comer. Bajaron al comedor y allí veían a todos los compañeros de los demás cursos. Laia se encontró con su hermano pequeño Carlos. Se acercó a saludarle y éste le contó que su reloj se había estropeado. Estaba jugando cuando se le cayó al suelo y un amigo, que venía por detrás corriendo, lo pisó y se quedó hecho pedacitos. Laia le dijo que seguro que tenía arreglo, pero Carlos sacó los trozos del bolsillo del baby y ahí fue cuando Laia volvió a ver clavos pequeños.



¡Ya tenía unos cuantos más! ¡Faltaba menos para conseguir los que necesitaba!

Laia se fue a comer contenta y más cuando se enteró que había pasta, su comida favorita.



Terminaron de comer y se volvieron a reunir en el patio. Por más que buscaban, faltaban algunos clavos para poder ponerlos en la punta del zapato. Estaban cansados y querían jugar a su juego favorito, el pilla pilla, pero cuando estaban a punto de rendirse, vieron aparecer al chico

de mantenimiento, que se llamaba Manolo. Se había roto una fuente del patio y estaba allí para arreglarla. Víctor se dispuso a estar pendiente, por si

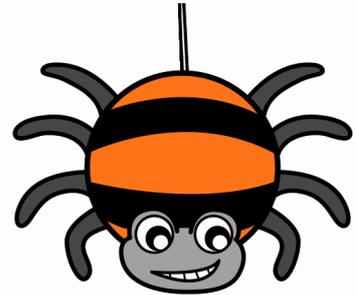


veía algún clavo entre sus herramientas y poder cogerlo. Lola, Alicia y María estaban al otro lado y Laia se encontraba al lado de Manolo mientras mantenía una conversación con él.

Y, cuando menos lo esperaban, se le cayó un clavo. Luis no llegó a cogerlo porque, si lo hacía, el chico le iba a pillar. Las chicas tampoco, ya que estaban demasiado lejos. Solo podía hacerlo Laia, pero con tan mala suerte que se cayó al lado de una araña.

¡Tiene pánico a las arañas!

- ¡Venga Laia, que tú puedes!- le animaban sus amigos.



- ¿Qué puedes, Laia? – le preguntó Manolo , que no entendía nada.



- ¡Nada, nada! Que... que... tartamudeaba del miedo. ¡ Que hay una araña y me da pánico! – exclamó con un tono alto de voz.

- Ja, ja, ja- reía Manolo. Yo la espantaré para que no sufras.



Y así lo hizo, pero también recogió el clavo y se lo volvió a guardar en su caja de herramientas.



Laia no aguantó la situación y rompió a llorar.

Sus amigos fueron a consolarla y de esta forma le contaron a Manolo lo que estaba ocurriendo y, como él era muy generoso, les regaló un puñado de clavos para que dejaran la búsqueda y pudiesen jugar en el recreo.

Todos celebraron el gesto de Manolo. Estaban muy contentos, pero María se dio cuenta que faltaba la parte más importante, el zapato de tacón.

Volvió a sonar el timbre. Comenzaban las clases de la tarde y, finalmente, hoy se irían a casa sin



conseguir su misión. Por ello, algo cabizbajos, hicieron filas y estuvieron muy callados.

La profesora comentó que tocaba ir al teatro para ensayar la representación de final de curso. Cuando estaban allí, les enseñó el patio de butacas, el telón, el escenario y dónde guardaban el vestuario para cuando saliesen a actuar.



Allí había una caja llena de zapatos de tacón ; A todos se les iluminaron los ojos! Y, como les había costado tanto, no dudaron en contarle su historia a la profesora. A ésta le enterneció mucho y le prestó unos zapatos a Laia, ayudándoles a pegar sus clavos para que pudiese volver esa misma tarde a la escuela de danza y realizar su zapateado con ritmo y sonido.

Todos salieron contentos del colegio y se reunieron a la salida para contárselo a sus padres. ¡ Lo habían



conseguido ! Habían ayudado a su amiga y mañana, en la fila del patio, podría contarles cómo había disfrutado de su clase de danza.

La mamá de Laia se emocionó con la historia. Comprobó que todos habían ayudado a su hija, demostrándole que eran grandes amigos.

Pero, como todas las mamás, que lo saben casi todo, ya sabía que la preocupación de Laia eran los zapatos. Así que decidió darle una sorpresa.

-Laia, cariño, yo sé que te gusta mucho bailar y que necesitabas unos zapatos para hacerlo.

Su madre le entregó una caja.



Laia abrió su caja y se quedó asombrada. ¡ Eran sus zapatos de baile de verdad! ¡ Con clavos! ¡ De color verde, su favorito!



Laia pudo así ir a su clase de baile y zapatear más fuerte que nunca.

Para ella fue un día lleno de aventuras. Estaba feliz por tener unos amigos y amigas maravillosas.

Llegó a la escuela, bailó sin parar y aprendió un montón de cosas nuevas. Hizo muchísimas amigas nuevas y una de ellas le dijo:

-Laia, ¿ Te has dado cuenta que cambiando las letras y uniendo tu nombre junto con tu apellido formamos una palabra?

LAIA BARÍN - L A I A B A R Í N

Amigas, lectoras, ¿ Adivináis de que palabra se trata?

¡Que casualidad! Laia estaba emocionada, tuvo más claro que nunca que quería bailar, quería subirse al escenario, llenarlo de historias y que éstas tocaran el alma del espectador o espectadora. Su aventura en el mundo de la danza no había hecho más que empezar.

Deseaba que fuera el día siguiente y poder contar a sus amigos la inolvidable tarde que había vivido.



¡FIN!

